

CRÓNICA, UN GÉNERO PARA FIJAR A UNA CARACAS DEL RECUERDO

María Elena D`Alessandro Bello
(Universidad Simón Bolívar)
m.e.delessandro@gmail.com

Resumen

El artículo es una revisión sobre los libros de crónicas de Caracas publicados a partir de la década de 1940, es decir, cuando la transformación de Caracas dejaba atrás a aquella Caracas de los techos rojos para darle la bienvenida a la metrópolis de altos edificios. En tal sentido, el cronista consciente del cambio que se gestaba en su sociedad registró a la ciudad de su niñez y de su adolescencia que en el momento de la escritura es sólo un recuerdo personal. La crónica literaria ha planteado el testimonio de un antes y un después de una ciudad que se transformó en otra, que cortó con una evolución de tres siglos para ser moderna. Este artículo plantea la posición de cada cronista y la conciencia del cambio que se gestaba ante la ciudad que se convertía demostrando la permanencia de un tema que abarca otros géneros, códigos, canales y medios de difusión.

Palabras clave: Caracas, crónica, transformación urbana, siglo XX.

THE CHRONICLE, A GENRE TO FIX A CARACAS OF REMEMBRANCE

Abstract

This article is a review of the books of chronicles of Caracas published since the 1940 decade, when the transformation of Caracas left behind that city of red roofs to welcome the metropolis of tall buildings. In this sense, the chronicler, aware of the change brewing in his society, recorded the city of his childhood and his adolescence, which is only a personal memoir at

Recepción: 24-04-10 **Evaluación:** 24-05-10 **Recepción de la versión definitiva:**
27-7-10

the moment of his writing. The literary chronicle stands as a testimony of a before and after of one city that has become another, that broke with an evolution of three centuries to become modern. This article presents the stance of each chronicler in view of a changing city and their awareness of a transformation that was in process, and demonstrates the permanence of a theme that spans other genres, codes, channels and media.

Key words: Caracas, chronicle, urban transformation, XX century.

LA CHRONIQUE, UN GENRE POUR FIGER UNE VILLE DE CARACAS DU SOUVENIR

Résumé

Cet article est une révision de livres de chroniques de Caracas publiés à partir de la décennie de 1940, c'est-à-dire, lorsque la transformation de Caracas laissait en arrière la ville de toits rouges pour donner la bienvenue à la métropole de gros bâtiments. Dans ce sens, le chroniqueur conscient du changement s'entraînant dans sa société a enregistré la ville de son enfance et de son adolescence au moment où l'écriture n'est qu'un souvenir personnel. La chronique littéraire a exposé le témoignage d'un avant et d'un après d'une ville qui est devenue une autre coupant une évolution de trois siècles pour en être une moderne. Cet article expose la position de chaque chroniqueur et la conscience du changement s'entraînant devant la ville qui se transformait. Voilà la preuve de la permanence d'un sujet qui encadre d'autres genres, codes et médias.

Mots clés: Caracas, chronique, transformation urbaine, XX^e siècle.

LA CRONACA, UN GENERE PER FISSARE UNA CARACAS DEL RICORDO

Riassunto

Quest'articolo è una revisione sui libri di cronache di Caracas, editati a partire dalla decade di 1940, quando la trasformazione di Caracas si lasciava alle spalle quella Caracas dai tetti rossi per dare il benvenuto alla metropoli dei grandi palazzi. A questo proposito, il cronachista, conscio del cambiamento che si stava producendo nella sua società, ha fatto il registro de la città della

sua fanciullezza e della sua adolescenza. Questo è soltanto un ricordo nel momento in cui scrive. La cronaca letteraria ha impostato la testimonianza di un prima e di un poi di una città che si è trasformata in un'altra, che ha saltato tre secoli nella sua evoluzione per diventare moderna. Quest'articolo presenta l'approccio di ogni cronachista e la coscienza del cambiamento che appariva di fronte alla città che diventava un'altra. Allo stesso tempo mostra la permanenza di un'argomento che coinvolge altri generi: codici, canali, mass media.

Parole chiavi: Caracas, cronaca, trasformazione urbana.

A CRÔNICA, UM GÊNERO PARA FIXAR A CARACAS DAS LEMBRANÇAS

Resumo

O artigo é uma revisão aos livros de crônicas de Caracas publicados a partir da década de 1940, isto é, quando Caracas deixou de ser a cidade dos tetos vermelhos e deu as boas-vindas à metrópole dos prédios altos. Nesse sentido, o cronista, estando consciente da mudança que estava surgindo na sociedade, falou sobre a cidade de sua infância e de sua adolescência, que no momento da escritura era apenas uma lembrança pessoal. A crônica literária apresenta uma prova do antes e do depois de uma cidade que se transformou em outra, que parou a evolução de três séculos para ser moderna. Este artigo mostra a posição de cada cronista e a consciência que cada um deles tinha da mudança que estava aparecendo na cidade, demonstrando a permanência de um tema que envolve outros gêneros, códigos, canais e meios de difusão.

Palavras chave: Caracas, crônica, transformação urbana, século XX.

A los tres siglos de haberse levantado
el templo de San Pablo fue demolido, 1880,
figurando hoy en el mismo sitio el Teatro Municipal.

Aristides Rojas

Caracas, lejos de ser un espacio depositario del tiempo ido porque cuidó las estructuras del pasado, la expansión hacia el este, el oeste y el sur de su casco histórico a través de un proceso de transformación urbana que comenzó en la tercera década del siglo XX y se potenció de manera inimaginable durante los setenta años siguientes hasta hacer de ella una urbe “otra” que se le hizo ajena a su habitante tradicional. A partir de esta situación nos encontramos con las crónicas de ciertos autores que se acercaron a relatar su ciudad con un género que aúna, su pasado, su presente, su historia, su cultura y su idiosincrasia en un relato del pasado reciente de una ciudad que es sólo un recuerdo de quien escribe. En tal sentido, la crónica urbana nos permite acceder no sólo a la historia de diversos aspectos la ciudad, sino a un lugar inexistente, así como representa la búsqueda de un orden que se sabe perdido de antemano, situación que se manifiesta como perentoria en el presente de quien la escribe. Ante tal evidencia, Susana Rotker afirma: “El recuerdo personal ocupa en Caracas el lugar de la materia que se ha desvanecido, la palabra es omnipotente. Para que exista el pasado, alguien debe pronunciarlo, decirlo y hacer que exista (...). Pocos ejemplos tan vívidos como éste sobre la capacidad del lenguaje para ‘hacer presentes’ experiencias y significados” (Rotker, 1993: 122).

La experiencia de una Caracas que cambió abruptamente en menos de cincuenta años es parte de una producción narrativa que se debate entre “nuestra experiencia y su descripción lingüística”⁴ donde los datos dependen de la realidad inmediata y su escritura, del estilo único de un escritor quien deja impresa su manera de narrarla. Ello supone una distancia y un diálogo

4. De esta manera partimos de un concepto de Hayden White en el artículo El valor de la narrativa donde propone que la “narrativa es un metacódigo (...) sobre cuya base pueden transmitirse mensajes transculturales acerca de la naturaleza de una realidad común. La narrativa (surge) (...) entre nuestra experiencia del mundo y nuestros esfuerzos por describir lingüísticamente esa experiencia” (White, 1994:17).

que encuentra su expresión en la escritura de crónicas⁵. Uno de los planteamientos inevitables de esta propuesta es qué tipo de noción de realidad autoriza una construcción discursiva como la descripción narrativa y su articulación por la continuidad o discontinuidad del recuerdo personal de un ciudadano quien siente la necesidad de plasmar una ciudad que ya no existe mediante la escritura. La crónica sobre Caracas es el desarrollo de ello.

La transformación de la ciudad durante los años 40 y 50 fue una iniciativa gubernamental y de posiciones de poder ampliamente apoyada por ingenieros, arquitectos y urbanistas y empresas privadas. Desde la muerte de Gómez hasta mediados de los años 80, se impulsa la transformación urbana como una necesidad de modernización del espacio citadino visualizando a otras capitales más desarrolladas. Una modernización que se realizó bajo la consigna de “derrumbar para construir” cercenó el desarrollo evolutivo estableciendo a sus habitantes tradicionales un cambio abrupto en el orden espacial, social, sociológico, geográfico y cultural; creando una fisura pues el antes de la ciudad no se corresponde con su momento presente. En tal sentido, la “puesta al día” de una ciudad provinciana tuvo un costo: la urbe del pasado iba desapareciendo al ser suplantada por otra de edificios muy altos, conjuntos arquitectónicos, de autopistas, edificios funcionales, soluciones habitacionales, amplios parques públicos, transporte colectivo –que evolucionó desde el tranvía al metro– entre otros, de amplios espacios para albergar a multitudes convirtiéndola en un espacio donde el cambio y lo moderno son las consignas. Paralelamente a ello, la ciudad recibió diversas oleadas migratorias que no sólo cambiaron su demografía, las condiciones

5. Entendemos por crónica: “prácticas de un “género” fronterizo entre discursos como el periodismo, la literatura y la historia” (Barajas, 1990:327), flexibilidad que le ha permitido ser leída y estudiada en diferentes campos. Como plantea White, en el discurso histórico la crónica tiene un tema central y está más cercana a la narración de un hecho (de un país, una ciudad, una región, un individuo, un suceso relevante, entre otros) que posea un cierre final. Para Susana Rotker: “La crónica, género híbrido donde se encuentra el discurso literario y el discurso periodístico, es el espacio de la escritura que mejor registra los cambios sociales, las interrupciones, las experimentaciones del lenguaje y de la escritura misma” (Rotker, 2005:165). Para Milagros Socorro la crónica periodística es estar allí en el momento en que suceden los acontecimientos, exige la presencia del periodista para establecer lo sucedido desde un punto de vista personal y es cercana a la literatura en el sentido de ser una representación. “En América Latina estas distintas vías de entender la crónica, desde el periodismo o desde la historia, con su entramado de asociaciones literarias y adjetivaciones, cuentan con sus propios representantes y actores, y una importante producción de respaldo que partió desde la Conquista y varía desde entonces junto al mismo concepto o idea que se tiene de qué debe ser tenido como crónica” (Barajas: 331).

espaciales para albergar a tanta gente y su idiosincrasia, sino que influyó poderosamente en la mentalidad del caraqueño.

Frente a esa Caracas que se perdía irremediabilmente ante el avance de las maquinarias pesadas, tractores y bulldozer, ciertos escritores decidieron narrarla capitalizando en la escritura ese sentimiento de pérdida del entorno conocido. La conciencia de esa ruptura dio como resultado una serie de textos por parte de una intelectualidad que sintió ser testigo de excepción de ese cambio e intentó llenar esa grieta con una narración que encontró en la crónica ese punto medio entre el recuerdo personal y el testimonio. En tal sentido podemos pensar que la flexibilidad del género, menos perentorio que un artículo periodístico y sin el peso consagratorio de la Literatura, así como la más rápida difusión y receptividad del tema podría ser una de las razones de la permanencia del tema. Si bien la transformación urbana durante la segunda mitad del siglo XX produjo toda una literatura oficial que exaltaba la importancia de estar al día con las obras que la modernidad requería, la crónica muestra a una ciudad que no existe sino en el recuerdo de quien narra, que es el punto de vista de una generación o de un sector de la sociedad que tiene un antes y un después en el mismo espacio geográfico.

Con el reconocimiento de Arístides Rojas como mayor, exponente, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX surge una profusión de crónicas escritas por lo más granado de la intelectualidad de una época, labor ésta sensible a una reflexión que vaya más allá del dato bibliográfico. Recuentos de la vida cotidiana, sucesos políticos, ciudadanos, urbanísticos o culturales son sus temas presentes y permanentes, siempre desde una mirada penetrante sobre el suceso y apoyando la construcción de la microhistoria de la ciudad: la perspectiva personal sobre un lugar concebido como terruño, pero suplantado por otro, en un presente signado por el caos generado por esa transformación que busca darle la bienvenida al futuro.

Plumas de la talla de Mariano Picón Salas, Enrique Bernardo Núñez y José Ignacio Cabrujas nos cuentan a “su ciudad”, dando fe de su presencia, creando una “ilusión de realidad”, en muchos casos reforzada por fotografías. Estos relatos se sitúan en un intersticio entre la ciudad que se esfuma como referente y como “lugar practicado”, encontrando en la página el lugar para recuperarla a través de su representación. Asimismo, este género de una manera amena, personal y singular intenta dar coherencia al caos del presente de quien narra; salvaguarda el recuerdo de la ciudad de su niñez, la

de sus padres, la de una generación o la de un momento preciso, pues, sin saber exactamente cómo, el cronista percibe como su ciudad se le convirtió en otra. En tal sentido, la crónica promueve el registro de esa pérdida – en la ausencia de una plaza, un café, una fachada, una calle, un grupo de casas, entre otros, que ya no existen – para conjurar el olvido de un pasado urbano que los precede y que ha determinado su identidad, su cultura, sus usos y sus costumbres⁷.

Caracas desde la crónica

La Caracas escrita tiene una relevancia singular y es por ello que vamos a acercarnos a ciertos libros de crónicas que consideramos insoslayables en cualquier estudio o reflexión sobre la cultura caraqueña.

Precedidas por dos obras importantes para la comprensión del pasado urbano como **Crónica de Caracas** de Arístides Rojas⁷ y **Los nombres de las esquinas de Caracas** (1926) de Santiago Key-Ayala⁸, tempranas propuestas de una larga travesía para impedir el olvido de una ciudad que se transmutaba en otra; la documentación en forma de crónica literaria sobre el cambio de piel de la urbe son dos libros muy bien recibidos por el público: **La ciudad de los techos rojos** (1947/1964) de Enrique Bernardo Núñez y **Las esquinas de Caracas** (1956/1966) de Carmen Clemente Travieso. Las obras de Núñez y Travieso manejan un específico imaginario urbano: la desaparición física de la ciudad, y con ella la de una cultura urbana practicada por sus

-
6. La otra cara de la moneda es que a partir de 1951 nace la revista *Crónica de Caracas*. Ésta es un órgano oficial editado por el Consejo Municipal de Libertador a través de la oficina del cronista con la finalidad de recoger y divulgar tanto la historia de la ciudad como ciertos eventos considerados como relevantes para la actualidad urbana. Reúne diversos temas y aspectos, desde los sociales y políticos hasta los sismológicos y necrológicos. Por la dirección de ésta pasaron hombres ilustres de la talla de Enrique Bernardo Núñez y Guillermo Meneses.
 7. Los textos reunidos bajo el título *Crónica de Caracas* fueron compilados por Enrique Bernardo Núñez, publicados en 1946, como homenaje al célebre caraqueño en la conmemoración de los 120 años de su nacimiento. Este texto no sólo inspiró a Núñez para su obra, sino que marcó un estilo en la posterior producción literaria sobre el tema.
 8. Este cronista hace honor a las manifestaciones del saber popular que con ingenio y sabiduría dotó a cada esquina con un nombre que la singulariza y a la vez rescata la mentalidad del caraqueño en una ciudad que se abría al siglo XX. “Vamos a ver cómo la ciudad escribe historia, la menuda, porque la otra, la de grande orquesta, la ha ejecutado tan a lo grande que no hay riesgo de que pueda olvidarse” (Key-Ayala; 1991:74) siempre es posible encontrar el eslabón de carácter material y concreto que ha permitido la duración del recuerdo.” (Idid:79).

habitantes así como sus tradiciones heredadas de la colonia española, de la formación de la república o de la ciudad decimonónica. Ante la posibilidad de que se perdiera un legado histórico-patrimonial, Núñez y Clemente investigan el pasado “menudo” de ciertos aspectos para explicarlos en el presente o para establecer el porqué no se sabe más de un hecho, aspecto o suceso. No buscan el gran relato histórico ampliamente documentado, salvo no sea como apoyo para esa historia menor de la ciudad que desean rescatar; por el contrario, hurgan en un dato aparentemente aislado, en un relato popular o poco conocido; en circunstancias fijadas en ciertos documentos privados, personales o familiares; en sucesos cuya referencia inmediata son publicaciones periódicas o conservados por la tradición oral que necesitan de una investigación documental para fundamentarlos.

Asimismo, uno de los imaginarios en las obras mencionadas es una propuesta de ciudad donde la centralidad es la Plaza Bolívar y las cuadras en torno a las cuales se funda y se desarrolla Santiago de León de Caracas, es decir, la estructura urbana colonial que se mantuvo hasta los años 30 del siglo XX y que se moviliza con la expansión hacia el este, el oeste y el sur. Los relatos buscan salvaguardar los espacios que desaparecen bien porque son suplantados por otros bien porque son vestigios que necesitan de un relato que les restituya su lugar como legado histórico. Estos imaginarios representan una estructura perdida como consecuencia inmediata de la prisa de la modernización urbana.

En **La ciudad de los techos rojos**, Enrique Bernardo Núñez, primer cronista del crecimiento expansivo de la capital moderna, investiga en diversos tipos de fuentes y archivos para relatar aspectos de una urbe que tiene tres siglos de historia. Además de los méritos intrínsecos de una obra de esta dimensión, Enrique Bernardo Núñez con impecable escribe estilo en el momento de la “mutación” cuando no era sencillo establecer una perspectiva objetiva frente al cambio, aspecto éste que hace a la obra más significativa.

Un verso del poema *Vuelta a la patria* de Pérez Bonalde ofrece la significación del libro⁹. El cronista relata otro tiempo histórico, pues esa ciudad de los techos rojos se está derrumbando para dar paso a estructuras más

9. Una ciudad vista desde arriba, perspectiva que permite inferir que es una ciudad vista desde lo alto de las edificaciones modernas, o que mira hacia el pasado que la conformó.

acordes con la modernidad. La obra es una reconstrucción de la historia menor urbana aportando una objetividad que sólo proporciona el vivir en otro tiempo. El cronista relata la historia de ciertos aspectos que desaparecieron restituyéndoles su valor histórico a partir de un relato que les da forma.

En un fiel deseo de mirar hacia atrás dice: “la vida de la ciudad deja impresa sus huellas en esos nombres de calles, plazas y esquinas” (Núñez; 2004: 10). A partir de estos, narra la historia de una Caracas que es sólo recuerdo personal, memoria familiar, documentos históricos, archivos, fotos, relatos y anécdotas. Se desenvuelve magistralmente al relatar la idiosincrasia del caraqueño forjada a lo largo de tres siglos de historia urbana. En tal sentido destaca como la memoria colectiva hace su labor a partir de un suceso: ante el intento oficial por la ordenación numerada de las esquinas y las calles, la gente hizo caso omiso y siguió utilizando los nombres dados a esas esquinas desde la época colonial, quedando sin efecto la ordenanza municipal y demostrando cómo a pesar de que la ciudad cambió no así sus usos y sus costumbres. Como si hubiese leído a Walter Benjamin, Enrique Bernardo Núñez reconoce que el pasado se resiste a desaparecer por completo y sobrevive en forma de residual; en este caso, son los nombres de las esquinas del casco histórico y las cuerdas en torno a éste, una casa, un puente, un nombre, un edificio, un personaje popular son parte del pasado que la obra restablece.

El imaginario de ciudad que maneja la obra dibuja un mapa que, de alguna manera, está calcado sobre el de los primeros colonos, los cronistas de Indias y luego de los viajeros ilustres entre los siglos XVIII y XIX la visitaron. Nos llama la atención que para el cronista la ciudad se expanda ampliamente hacia el este¹⁰ del centro histórico, el norte es El Ávila, La Pastora y la Puerta de Caracas, el sur es sólo una especie de urbe paralela en la urbanización El Paraíso¹¹ y el oeste, sólo Catia y sus alrededores. El Guaire fue un límite natural de la ciudad que lo separaba del sur, aunque reconoce que dicho límite

10. La ciudad ensanchada hacia el este con “propiedades agrícolas” convertidas en barrios residenciales.

11. El Paraíso es todo un capítulo donde explica los orígenes de esta primera expansión urbana en 1890 cuando “la empresa de tranvías de Caracas (...) resuelve urbanizar los terrenos de la antigua hacienda de El Paraíso o Trapiche (...) del otro lado del Guayre (sic)” (Núñez, 2004:239). Sin embargo, deja de lado o menciona fugazmente la urbanización de la hacienda La Yerbera en 1926 para convertirse en San Agustín, la antigua hacienda del Conde de San Xavier en 1927 para convertirse en El Conde y la hacienda Valle Abajo para construir la urbanización Los Rosales en 1938, es decir, se oblitera la importante expansión hacia el sur.

fue franqueable gracias a los puentes que se construyeron desde la época colonial.

El antiguo templo de San Mauricio es demolido, y en su lugar se construye la Santa Capilla (...) En *Ídolos Rotos*, de Díaz Rodríguez, se halla una descripción de Santa Capilla (...). El mismo día, 1 de agosto, queda abierto el Pasaje Centenario entre la parte oriental del Ministerio de Hacienda, antiguo claustro de las Carmelitas, y la Alameda de Altigracia, al norte. Sobre esta alameda se construye en 1936 la Contraloría. Se descubren las estatuas de Miranda, plaza del Panteón; las de Vargas y Cajigal en la Universidad (Núñez; 2004: 224).

La importancia de una descripción como la anterior estriba en que a lo largo de sus relatos constantemente dibuja y maneja un mapa de Caracas con las coordenadas señaladas, reconstruyéndola textualmente desde lo que se demolió, lo que sucedió y cómo se transformó, lo que establece y fija un imaginario que directa o indirectamente influye en obras escritas en años posteriores. Desde un punto de vista que abarca la historia de una ciudad de casi cuatrocientos años, reconoce que la identidad de Caracas está vinculada a la necesidad de una constante expansión así como de destrucción¹² y reconstrucción sobre lo extinguido.

Para el cronista, la ciudad es primero un sueño de Losada “en 1567 la ciudad sólo existía en la mente de Losada” (2004: 17), luego la lucha contra las tribus, el poder de España en la Colonia, la ciudad republicana y la modernización a partir de la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Mientras relata si bien maneja una noción evolutiva de la ciudad, no olvida a tantos que escribieron sobre ella porque a la ciudad también la funda, la establece y la define la escritura que sobre ella hicieron viajeros, historiadores, cronistas, decretos, ordenanzas, entre otros textos y documentos que apoyan la fundación de la ciudad letrada.

Su estilo impecable hace gala en la manera sobre cómo se acerca al tema: “De la ranchería o hato de Fajardo, en Catia, hasta el hotel establecido con el nombre de Waldorf, en San Bernardino, más allá del puente Anauco

12. Por obra de los terremotos, incendios, ocupación realista, urbanizar y modernizar, entre otros

(...) hay buen trecho recorrido. Se trata de trescientos y más años.” (p.247). Es una Caracas visualizada horizontalmente de este a oeste y diacrónicamente, desde su fundación hasta el presente en el que escribe, buscando establecer una evolución gradual. Ante la ciudad fundada por Diego de Losada en 1567, investiga la evolución histórica de casas, calles, plazas, familias, personalidades, entre otros aspectos, desde el punto de vista de una Colonia que estableció un orden que perduró durante tres siglos, aseverando y demostrando como el pasado nunca desaparece completamente.

Por otro lado, el cronista al explicar el derrumbe de un edificio resume los diversos usos que le dieron a ese espacio. Tal es el caso de la casa natal de Francisco de Miranda señalando cómo una edificación se transforma en diversos establecimientos demostrando la imposibilidad de conservarlo como patrimonio cultural de la ciudad.

Asimismo, como parte de su estilo están las notas explicativas al final de cada crónica. Éstas muestran por un lado la fecha en la que escribe apoyando la revisión en retrospectiva que hace y, por otro, complementa la historia de una casa, calle o edificio gubernamental fechando su desaparición por demolición o por cualquier otra razón, cuenta anécdotas o cualquier otra circunstancia importante sobre la parte de la ciudad que relata. Un caso ilustrativo de ello es la nota a pie de página en crónica sobre San Francisco explicando, entre otros aspectos, la historia de la orden de los Jesuitas en el siglo XX¹³.

El último capítulo señala la perspectiva del narrador: una nueva Caracas sobre la destrucción de la anterior y la nueva ciudad del progreso urbano, de la expansión hacia el este, de la recepción de la inmigración europea que llegó después de la Segunda Guerra Mundial y de la ampliación técnica y tecnológica que apoya las transformaciones. Es decir nueva ciudad que nace y se desarrolla sepultando a la otra de pasado colonial y republicano, una ciudad que se corta de pasado y se abre a un futuro incierto.

Ya para 1947, la ciudad del pasado se manifiesta como un “restos” en la presente:

13. “El año 1922, al cabo de ciento cincuenta años, los PP Jesuitas vuelven a Caracas y establecen colegio en el edificio donde antes estuvo el de los PP Franceses. Posteriormente adquieren la casa que fue del doctor Raimundo Andueza Palacio, en la esquina de Jesuitas. Hoy (1946) es la Universidad Católica Andrés Bello. El edificio se extiende hasta la esquina de Mijares, construido cuando sólo era colegio San Ignacio.” (2004:82)

Mil novecientos cuarenta y siete es el año de la desaparición de los tranvías (...) Se continúan los trabajos de la Avenida Bolívar con la demolición del edificio Junín, en la antigua esquina del Agua, más tarde de Santana, y hoy Mercaderes. El 3 de febrero de 1948 comienza la demolición de la casa de Miranda en la esquina de Padre Sierra. (...) Los trabajos de la demolición quedaron concluidos en el mes de junio. La casa de Miranda llevaba en sí el germen de un gran edificio. Hoy se halla (sic) convertido en estacionamiento de automóviles. (Núñez, 2004: 257-258).

Para Núñez, 1947 es el año que marca un cambio a otro tipo de ciudad, una de grandes espacios (autopistas y urbanizaciones) en la que el modesto tranvía no puede responder a las nuevas necesidades de movilización ciudadana. El relato de derrumbar para sustituir con lo moderno o actual esboza tempranamente una práctica que se hará común en las siguientes décadas, cuya consecuencia inevitable es que borra el pasado que establece la identidad del presente.

Por otro lado, Carmen Clemente Travieso en **Las esquinas de Caracas** en 1956, obra revisada y reeditada en 1966, reconoce que leyó **La ciudad de los techos rojos** de Núñez, libro en el que se basa y al que alude constantemente, **Los nombres de las esquinas de Caracas** (1926) y **Álbum de Caracas** (1954) ambos de Santiago Key-Ayala, y los relatos de Lucas Manzano. La obra de Travieso incluye únicamente relatos vinculados con los nombres de las esquinas del centro histórico para restablecer la evolución de su nomenclatura.

El imaginario de ciudad en las crónicas de Clemente Travieso parte de la ordenación urbana tipo damero que estableció la Colonia donde la ciudad es la Plaza Bolívar y las manzanas adyacentes, siendo éste el mapa urbano que maneja el texto, excluyendo la expansión hacia el este, el sur y el oeste de la urbe situación dada en el momento de la escritura y publicación de la obra, es centralidad e historia nacional. A partir de ello, la cronista establece la etimología y genealogía de los nombres de las esquinas más destacadas, re-estructurando y reescribiendo la historia de las mismas desde un presente urbano que rompió con un pasado del que sólo sobrevive el nombre de la esquina. En tal sentido, establece el imperativo de rescatar a la ciudad que desapareció a través de ese resto de otro tiempo, infiriendo que la Caracas actual está definida por su pasado colonial, independentista y republicano que

el presente derrumbó y olvidó con la puesta en práctica de la modernización urbanística. Asimismo, el eludir nombrar a la expansión podría inferir que las nuevas urbanizaciones rompieron con el orden histórico heredado de la Colonia, el que ella pretende restituir transversalmente con su investigación.

De esta manera puede comprenderse el uso de ciertas frases por Clemente (2004): “una nueva estampa de la Caracas de hoy” (p.69); “La esquina de Camejo ha desaparecido en la Caracas moderna (p.76); Y nosotros hablamos de ella, para dejar constancia de su significado histórico” (p.79); “Pero hoy la casa de los Calcaño se ha transformado en un botiquín o expendió de licores y sólo queda el recuerdo en la mente de los amigos contertulios de los Calcaño” (p.97). “Todo hoy ha desaparecido. En el sitio donde se supone existió la casa del fundador de la ciudad, se levanta un moderno edificio” (p.83). En consecuencia, si no se rescata el pasado, la ciudad quedará también vaciada de sentido como sus casas y la nomenclatura de las esquinas, perdiendo así su identidad. De sus muchos relatos, nos llama particularmente la atención la historia de la destrucción de un edificio: el de la esquina de San Francisco, pues la edificación fue albergando diversas instituciones a lo largo de siglos hasta quedar en pie sólo una armazón externa vaciada del sentido original.

El espíritu de este libro es la revisión del pasado histórico, la fundación de la ciudad, la colonización española y la gesta independentista que convirtió al país en una república con un pasado digno de ser salvado en un momento histórico en que la modernización urbana lo cercenaba, abriendo las puertas a un futuro prometedor e incierto.

Un escritor que dejó su impronta en la crónica caraqueña fue Lucas Manzano¹⁴ quien recobra el pasado de la ciudad a partir de las anécdotas, sucesos y remembranzas de todo tipo de personajes de la cotidianidad urbana. La sencillez y simpatía con que rescata a una ciudad decimonónica todavía con visos de pueblo están escritas desde una contradicción; pues mientras narra anécdotas de personajes singulares, relatos orales o familiares de una ciudad del siglo XIX que despunta lentamente hacia el siglo XX, manejando

14. Autor de varios libros que recopilan sus artículos, como: Caracas de mil y pico, Caracas, Editorial cultura, 1946; Del (sic) Caracas antañón y eterno, Caracas, Impresores unidos, 1945; La ronda del Anauco 1954, Itinerario de Caracas vieja, Caracas, Cigarrera Bigott Sucs., 1965, entre otros.

un imaginario de ciudad que ha evolucionado sin fisuras ni rupturas desde la Colonia hasta la primera mitad del siglo XX, establece el imaginario colectivo de una ciudad ya expandida, al incluir a Petare, El Paraíso y Puente Hierro como parte de los lugares practicados por los personajes que recrea. Lucas Manzano; se apoya en un estricto lenguaje literario que configura textualmente a un lector culto, ilustrado y caraqueño.

Como en los días de función, era interminable el desfile de jinetes y peatones tratando de coger puestos para mejor ver el espectáculo de “Veneno”, se impuso el “Restaurant de Puente de Hierro”, enclavado en el propio sitio que luego fue boca del túnel de los tranvías eléctricos de Caracas-El Valle-Cementerio (...) entre palito y palito de brandy, porque el whisky no había hecho su aparición en Venezuela. Los caraqueños de aquel bello tiempo eran parcos en el tomar licor (Manzano, 1954: 41).

El texto plantea una ciudad que comienza a urbanizarse desde finales del siglo XIX y que se recuerda, como lo demuestra la frase “aquel bello tiempo”, en el presente a través de anécdotas de la vida cotidiana. Una Caracas expandida hacia el sur que comenzó con el puente de hierro que construyó Guzmán Blanco, mucho antes de la llegada de los tranvías y las inversiones norteamericanas; en fin, la ciudad en su evolución natural, pero a partir de ciertos detalles textuales, el tipo de ciudadano, el año de publicación, entre otros, indican cómo en un presente se recuerda a la Caracas del pasado.

En otro orden de ideas, más cercano a Enrique Bernardo Núñez y posteriormente a Cabrujas, Picón Salas desarrolla una importante reflexión sobre Caracas. En diversos artículos y ensayos, Picón Salas ha propuesto la importancia de la modernidad en Venezuela, reconociendo que el progreso y estar en consonancia con lo que se hace en otros países del mundo son irrenunciables para cualquier sociedad del siglo XX. La insistencia del ensayista está en que lo debería buscarse: la manera de vincular la modernidad con las tradiciones específicas del país. Esta visión comprensiva de la modernidad no le impidió escribir sobre la transformación de Caracas como testigo una época, observando y describiendo el proceso en el que está involucrado como ciudadano. Picón Salas publicó tres relatos-crónicas desarrollando tres momentos distintos de la ciudad: Caracas 1920, una ciudad señorial heredada del siglo XIX a la que llega el joven andino; *Perfil de Caracas 1945*, una

ciudad que ha madurado con la apertura democrática y Caracas en 1957¹⁵ una ciudad que se expande hacia el este. Desde el imaginario de una ciudad que se derrumba para construir sobre ella “otra” nueva, moderna y actual, expone cómo sobre las estructuras antiguas se sobreponen otras más modernas, así como se promueve una expansión hacia el este, más moderno y actualizado que esa Caracas del casco histórico:

El movimiento y color de la ciudad se reparte en varios meridianos. Hay todavía lo que queda de ciudad vieja en las calles adyacentes a la Plaza Bolívar. El límite de las dos Caracas se fijaba hasta hace pocos años en el añoso parque de la Misericordia (...) Entre la Caracas tradicional y el “Country Club” o los Palos Grandes –lejanas urbanizaciones en la década del 30 al 40– mediaban haciendas y trapiches (...) Ahora las avenidas de Sabana Grande y la Miranda enlazan ya los extremos (...) El prolongamiento oriental de la ciudad invade el Estado Miranda; se tragó los antiguos burgos mirandinos como Sabana Grande, Chacao y Petare, donde los caraqueños de hace apenas dos décadas iban a “temperar”; ocupa otros pueblos laterales como Baruta y El Hatillo (...) Quizás el mayor problema de la gran urbe en proceso es la falta de un eje central (...) ¿Cuál es el verdadero centro de Caracas? Hasta 1930 ó 1935 parecía la Plaza Bolívar (...) Después se pensó que iba a ser el parque de Los Caobos (...) En 1945 otro núcleo quiso establecerse en la plaza de “El Silencio” desde donde partiría la Avenida Bolívar. Cinco años después había surgido un nuevo meridiano en la Plaza Venezuela (...) Quizás para 1960 el eje imaginario habrá que correrlo hasta la Plaza de Altamira. Y por el momento Caracas es como una confederación de burgos y urbanizaciones separadas por árboles, túneles, quebradas y colinas” (Picón, 1984: 138-139).

Caracas en 1957 la representa en su realidad expansiva, con una centralidad en movimiento hacia el este de la misma, una “urbe en proceso”

15. Este ensayo fue publicado por primera vez en: Varios Autores: 390 años de Caracas, Caracas, ARS Publicidad, S.A., edición conmemorativa de lujo, fuera de comercio, 1957. A pesar de ser parte de un libro institucional, este ensayo ha sido reproducido como parte de otros libros.

es la que el ensayista pretende fijar mediante la escritura, una ciudad que se desarrolló abruptamente frente a los ojos de sus habitantes, que se expande y que se integra a un nuevo “orden” que sobrepasa en todos los aspectos a sus límites tradicionales. En esta nueva Caracas, el habitante perdió los anclajes con su lugar de origen y el recién llegado sólo ve en ella una perspectiva de futuro¹⁶.

Hacia 1967, año de la celebración de los cuatrocientos años de la fundación de “Santiago León de Caracas”, la oficialidad convocó a escritores e intelectuales para que elaborasen diversos libros que recogieran la historia urbana desde su fundación hasta ese momento, textos que sin ser necesariamente crónicas describen aspectos variados de la vida en la ciudad. De esta forma tenemos **El libro de Caracas** de Guillermo Meneses, cronista, quien estructura un texto oficial conmemorativo de la historia ciudadana desde su fundación hasta su presente; asimismo, Guillermo José Schael en un estilo añorante por la ciudad que se fue, reúne en **Caracas de siglo a siglo**¹⁷ sus crónicas periodísticas y otras reminiscencias dándole al texto un carácter cronológico. Aquiles Nazoa publica **Caracas, física y espiritual** agrupando artículos sobre ciertos aspectos aparentemente disímiles que conformaron la historia cotidiana de la ciudad con una clara intención de contribuir a la microhistoria urbana, pues frente a la transformación física, la vida de la ciudad dejó intactas costumbres, tradiciones, ritos, procesos, espacios, entre otros; es por ello que la labor de Nazoa sea escribir sobre esa “vida espiritual” que sobrevive en la gente que en 1967 habita en una gran metrópolis. Si bien lo novedoso de este libro es la conciencia de escribir una historia de la vida cotidiana en una ciudad convertida en metrópolis, Aquiles Nazoa con mucha inteligencia e intuición deja en evidencia una visión de mundo de aquella ciudad arrinconada por la transformación, el nuevo crecimiento expansivo hacia el este y el crecimiento hacia arriba con los altos edificios donde “Caracas va surgiendo como una ciudad improvisada” (Nazoa, 1987: 202). Finalmente otro libro publicado en este año por la iniciativa privada fue **Cosas de Caracas** de Oscar Yanes, libro que agrupa sus crónicas periodísticas sobre aspectos

16. No podemos dejar de mencionar, a pesar de que el género no sea la crónica, el ensayo de Mario Briceño Iragorry: *Mensaje sin destino* (1957) en el cual propone el peligro para la identidad nacional de la pérdida de los valores y las tradiciones venezolanas frente a una modernidad que sigue a la cultura norteamericana. Picón Salas e Iragorry comulgaron en cierta forma con estas mismas ideas.

17. Entre otros textos posteriores sobre el mismo tema como *La ciudad que no vuelve*.

extraños o raros, textos que transitan entre lo rural y la cultura urbana, las creencias o mitos populares desplazados por la investigación científica o documentación legal.

Diez años después, en 1977, Alfredo Cortina publica **Caracas, la ciudad que se nos fue** que sin ser exactamente una crónica, relata cómo era la Caracas que ya no existe. Más allá de los lugares y las anécdotas, la obra deja al descubierto la mentalidad de una cultura urbana que precedió a la metrópolis del presente. Su importancia en está en cómo logró representar el imaginario urbano de la primera mitad del siglo XX y convertirlo en anécdotas verosímiles.

Dentro del mejor espíritu de los ensayistas que lo precedieron, José Ignacio Cabrujas escribe en los años ochenta ciertos textos donde propone una reflexión sobre la Caracas del recuerdo frente a la ciudad metropolitana del presente. Él que se movió magistralmente entre la ciudad real y la ciudad imaginada, decir, la que se modernizaba y cambiaba en un permanente re-hacerse y la representada y recreada continuamente en sus obras de teatro, telenovelas y guiones de cine, nos ha dejado también una ciudad del recuerdo, la del terruño, la de su niñez, ésa que no existe sino en la memoria personal del antiguo morador. Él vivió la transformación urbana en todo su esplendor y contradicción dejando testimonio de ello en sus artículos periodísticos y crónicas sobre la ciudad¹⁸. Si bien en *La ciudad escondida* (1988) muestra una reflexión sobre una Caracas suplantada por otra, este tema lo retoma y lo establece con más firmeza un relato autobiográfico recogido y escrito por Milagros Socorro **Catia. Tres voces** (1994), donde una de esas voces es la de él. Este texto marca la pauta sobre la Caracas de su recuerdo:

Según me cuenta mi madre, yo tenía tres o cuatro años cuando me fui a vivir a Catia. Veníamos del centro, de una esquina que nadie puede encontrar hoy en día: de Poleo a Buena Vista, muy cerca de Miraflores (...) Siempre he pensado que Caracas es una ciudad donde no puede existir ningún recuerdo. Es una ciudad en permanente demolición que conspira contra cualquier memoria; ése es su goce, su espectáculo, su principal característica.

18. José Ignacio Cabrujas: *La ciudad escondida* 1988; *Obras de teatro* 1991; *El país según Cabrujas* 1992. Milagros Socorro: *Catia. Tres voces* 1994.

En algún momento de mi vida me he horrorizado ante esa situación; hoy no (...) El caraqueño es un pueblo demoledor, no por nada, sólo por ser fiel a su propia historia (...) Caracas responde a un ideal, algo que está por verse. (...) Y hoy uno la puede visitar y la encuentra vetusta pero inacabada. En Caracas nada se concluyó. Por eso, los caraqueños hemos soñado siempre con el día en que inauguraremos la ciudad (...) lo cual es virtualmente imposible, pero al mismo tiempo un delirio colectivo. (...) Yo tengo muchos recuerdos de haber presenciado en mi infancia la demolición de edificios como el Hotel Majestic, donde llegó Gardel; la casa donde se creía que había nacido Andrés Bello (...); el colegio Chávez, que era la mejor expresión de un cierto barroco pomposo (...) y yo vi cómo la bola lo desbarató. Pero los que éramos testigos de esto no lo lamentábamos, lo veíamos con gran regocijo (...) observábamos la caída del Hotel Majestic (...) e interpretábamos que aquello se hacía en aras de una modernidad que iba a suceder a las edificaciones viejas, y de un confort que todos buscábamos, algo donde pudiéramos caber (pp.53-54).

Como su recuerdo se centra en la ciudad de su niñez, sólo existen los espacios privilegiados por la memoria personal. La ciudad del imaginario de Cabrujas establece dos centros: uno afectivo, Catia con su plaza Pérez Bonalde y el centro histórico, con su Plaza Bolívar. Asimismo, establece un antes y un después de la ciudad con el derrumbe de la del hotel Magestic para construir la Avenida Bolívar, hecho que marca simbólicamente el fin de una época de una ciudad de urbanismo europeo y el comienzo de una modernidad al estilo norteamericano, pues “Progreso, en la época de Pérez Jiménez era edificar, ése era el concepto: progresamos porque edificamos” (Socorro, 1994: 60).

En este texto relata su memoria personal sobre un sector de la ciudad, la Catia de su infancia y adolescencia; la importancia de la plaza, los cines, los sucesos, las lecturas compartidas. Nos cuenta su recuerdo sobre una ciudad “practicada”, sentida y querida; un pasado perdido que está en la memoria de los habitantes del lugar y que sólo existe en la palabra que lo enuncia. Ese imaginario de ciudad nunca acabada, con visos de pueblo y abanderada de la modernidad en sentido amplio, deja entrever sus usos rurales; una Caracas del cambio que se operaba y la mentalidad del ciudadano común que

lo vivía. En tal sentido, Cabrujas fue una conciencia alerta ante una modernización al ritmo de la “bola”, que derruía edificaciones, cuadras enteras y diversos lugares de importancia histórica, una urbe que deseaba ser parte de los adelantos que el progreso material y la urbanización brindaban en las más diversas áreas.

La posición de Cabrujas es la del testigo de excepción de un momento histórico, de reflexión y cuestionamiento, de crítica a nosotros desde nosotros mismos desde la madurez del presente, en un intento por buscar una identidad ciudadana que no logra dilucidar. Sus textos son una especie de cierre de un ciclo sobre una Caracas que tiene más de cincuenta años de movimientos, ampliaciones, construcciones y transformaciones radicales que le cambiaron el rostro para siempre. Con Cabrujas acaba un imaginario urbano, siendo éste de los últimos herederos de pensadores, intelectuales y letrados con una específica percepción: la ciudad que desaparece para colocar en su lugar a la metrópoli. Si bien la Caracas de su niñez sólo es parte de su memoria personal, está presente en sus obras dejando el testimonio de una pérdida. Asimismo, representar el pasado en propuestas teatrales abre en los años ochenta una manera distinta de representar a la Caracas de la memoria: la ficcionalización del recuerdo de una ciudad que ya no existe. Con una obra teatral, *El día que me quieras* (1980), retoma el nombre de un tango para aludir a otra una época, pone en la escena teatral de los años ochenta la vida de una Caracas en el momento de transición entre una dictadura y el nacimiento de la democracia (1935), a partir de un hecho olvidado en la historia de la ciudad: la visita Carlos Gardel quien llegó en el tren Caracas-La Guaira y se alojó en el hotel Magestic, logrando así llevar a escena a la ciudad del recuerdo.

Asimismo, la crónica sobre Caracas tiene en Elisa Lerner y Marisa Vannini un nuevo aporte sobre la ciudad desde la mirada del otro. En 1985, Elisa Lerner publicó una crónica sobre San Bernardino, lugar urbanizado en los años cuarenta donde se ubicó una clase media con posibilidades y la inmigración judía que llegó a Venezuela a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Este texto pone de relieve un nuevo aspecto de la Caracas expandida: la convivencia del caraqueño con el inmigrante como nuevo elemento de la conformación urbana, el aporte urbanístico de un nuevo tipo de edificación y la ubicación de una colonia de inmigrantes en un sector de la ciudad. Marisa Vannini en *Arrivederci Caracas* (2005) si bien reescribe episodios ya desarrollados por otros cronistas, también destaca porque lo escribe desde el

punto de vista del otro: el extranjero. Noticia cómo este presenció y participó en la transformación urbana, pero también relata aspectos personales sobre su inserción en el nuevo entorno sociocultural y por referir aspectos de la idiosincrasia del caraqueño desde el punto de vista de otra cultura.

Si bien la amplitud del tema está más allá del alcance de la presente investigación, no podemos dejar de mencionar la relevancia que durante los años 90 cobró la crónica periodística sobre el tema, publicada en **El Nacional** y **El Universal**. Los nombres de Roberto Giusti, Sergio Dabhar, Milagros Socorro, entre otros, comienzan a plantear una reflexión sobre los más diversos aspectos presentes en el entramado urbano: la realidad masificada y con altos índices de violencia¹⁹ luego que un evento como el Caracazo mostró al gigante dormido en nuestra sociedad. Este giro de tuerca sobre el mismo tema impulsa, entre otros aspectos, ensayos sobre el presente urbano.

A partir de los años noventa, Federico Vegas publica crónicas sobre una Caracas que cabalga entre el presente y el pasado aportando una reflexión desde un punto de vista espacial y arquitectónico sobre el presente urbano. Los dos libros sobre el tema son **La ciudad sin lengua** (2001) y **La ciudad y el deseo** (2007). La perspectiva de Vegas es retrospectiva, pues como arquitecto sabe que las transformaciones comenzaron en la década de los años cuarenta, por eso frente a una Caracas cuyo ideal fue volcarse a un futuro de modernidad, sus crónicas buscan reencontrar el pasado de ese futuro para intentar encontrar respuestas sobre el presente urbano, la vinculación de Caracas con otras capitales y con personajes caraqueños. Un aspecto interesante del cronista-ensayista es el equilibrio entre la memoria personal y el presente urbano donde el pasado es tan importante como el presente. Más allá de los dos libros citados, F. Vegas publica sus crónicas en el Portal Prodavinci aportando la difusión del tradicional tema a través del nuevo medio. De sus crónicas se escapa un sentido del humor suave e inteligente para dejar al descubierto a una ciudad que le da forma al texto literario y a un lenguaje que redefine constantemente a la ciudad del presente.

En el 2003 se publica un texto importante que combina el testimonio con la crónica: **Margot, retrato de una caraqueña del siglo XX** (2003) de Adriana Villanueva. Su singularidad estriba en que es un texto híbrido que

19. Cfr. Los artículos de Susana Rotker reseñados en la bibliografía final.

apela al testimonio, la crónica (histórica, literaria y periodística), al relato de la memoria personal y de la memoria familiar para recoger el valioso testimonio de Margot Arismendi de Villanueva sobre la transformación de Caracas²⁰. Margot es la voz de una testigo privilegiada, quien como hija, esposa y madre, participó de los cambios que se gestaban en la ciudad. El texto es un testimonio que da cuenta de la transformación de la vida, del espacio, de la cultura, de la expansión y de la identidad de una urbe en plena mutación.

Margot, retrato de una caraqueña del siglo XX plantea un cambio tanto en la manera de tratar el tema como en el punto de vista tradicional, pues la nieta que recoge el relato de la abuela que expresa la cultura de Caracas, la vida intelectual, la idiosincrasia de la ciudad en el momento de la transformación, apelando a la memoria personal y familiar ficcionalizando un gesto ancestral: la tradición preservada por la memoria es narrada oralmente por los mayores a los más jóvenes de la familia o de la sociedad. Estructurada de tal manera, uno de los aportes fundamentales de obra es el relato del cambio urbano desde su mismo centro gestor, el inversionista, el arquitecto, la empresa privada y el sector oficial, narrado desde la memoria personal como punto de vista de la memoria colectiva (familiar y social). Otro de sus aportes es la propuesta metaficcional del texto donde la ficcionalización de la grabación del relato de la abuela para luego ser transcrita por su nieta es el relato que el lector lee.

La perspectiva narrativa es la de una caraqueña de formación europea en su ciudad natal (educada en el colegio San José de Tarbes y viviendo temporadas en París) quien, en una ciudad que se expandía hacia el sur y el este, narra su versión de ese proceso. En el prólogo, Milagros Socorro dice que “alrededor de Margot fueron concebidos los proyectos que convirtieron a Caracas (...) en una metrópoli suramericana de rasgos acentuados” (Villanueva, 2003: 9). Nosotros agregaríamos que no sólo fueron concebidos, sino que fueron ejecutados con el apoyo tanto de los diferentes gobiernos como de los capitales privados, ante la mirada de una intelectualidad que los aceptó y elogió, obras que por su envergadura obtuvieron reconocimientos

20. La obra describe la labor de Juan Bernardo Arismendi, padre de Margot, el hombre de negocios, promotor, inversionista y urbanizador de San Agustín del Norte, La Florida, Altamira y los Palos Grandes; y de Carlos Raúl Villanueva, su esposo, relevante arquitecto de las grandes obras de la segunda mitad del siglo XX: El Silencio, la Ciudad Universitaria y el 23 de Enero, entre otras.

internacionales. El imaginario urbano de esta crónica-testimonio es expansión, renovación, puesta al día y visión de futuro donde muchas cosas estaban por hacer y se hicieron. Si bien en las crónicas anteriores se rescata el pasado de una ciudad que ya no existe, en esta obra el imaginario es el de una metrópolis en permanente movimiento siempre fluyendo, reconstruyendo, construyendo y renovando. El tono de ciudad perdida ya no existe, sino el de una ciudad en movimiento, en plena transformación dentro del mejor espíritu de la modernidad:

Carlos (Raúl Villanueva) empezó a trabajar en Caracas a finales de los años veinte cuando era una ciudad de techos rojos, y llegó a ver al final de su vida, en los años 70, las grandes construcciones que él llamaba tigres enjaulados. Cambios tan drásticos en apenas 50 años lo hacían repetir una y otra vez que en Venezuela pasamos demasiado rápido de la mula al avión, tan rápido que no supimos estar preparados. (Villanueva, 2003: 281-282).

La propuesta de posmodernidad como revisión de la modernidad está representada en este texto fronterizo entre el testimonio, la historia urbana y la memoria familiar.

Conclusiones

Las crónicas construyen un mapa que conforma a la “ciudad letrada” que re-define constantemente a la ciudad real. Si bien responden a la estructura de un género, lo renueva, ampliando sus posibilidades al representar a Caracas en la singularidad y en su tránsito hacia una metrópoli moderna, expresando una manera de “hacer” ciudad, renovando la manera tradicional de escribir las crónicas históricas de los siglos XVI al XIX, los libros de viajes, de viajeros y de recuerdos sin obviar narrar, documentar y reflexionar en el momento en que pasan los hechos.

Asimismo, las diversas crónicas son textos sobre un referente que está mediatizado por coordenadas espacio-temporales, por una cultura urbana específica en el momento de la escritura y por una mentalidad determinada, lo que influye en la representación de Caracas. En tal sentido, el grupo de crónicas literarias que hemos seleccionado para este estudio son libros de relatos unificados a partir de un mismo tema: la transformación y expansión

de Caracas desde 1940 hasta el momento de la escritura. En mayor o menor medida, estas crónicas dejan en evidencia el conflicto que las genera: una ciudad con trescientos años de historia y la puesta en práctica de una modernización material que al ver sólo el futuro rompe con esa evolución, presentando como consecuencia un cambio de valores, estilo de vida, de urbanismo y de arquitectura.

Esta tendencia tiene un libro fundamental: **La ciudad de los techos rojos** de Enrique Bernardo Núñez, texto que hace acopio de los cronistas anteriores de la ciudad en un estilo que singulariza una escritura que se vale de diversos géneros y disciplinas. También tiene el mérito de crear un tipo de escritura de la ciudad seguida posteriormente por los más diversos escritores de la cultura urbana, así como de abrir un ciclo que se cierra con dos textos de Caracas de José Ignacio Cabrujas. Si bien ambos escritores no han sido los únicos que se acercaron a escribir crónicas muy meritorias, debemos reconocer que dejaron sentado un estilo, un tono y una propuesta en la manera de narrar a la Caracas de la modernización que influyó en los otros autores que se acercaron al tema y que sólo cambia con el libro de Adriana Villanueva por estar más cercano a las propuestas de la posmodernidad cultural.

Las crónicas representan tantos mapas de la ciudad como autores las escriban. Aunque siempre apelen a su ubicación geográfica, sus puntos cardinales y los dos elementos significativos que la definen, El Guaire y El Ávila, todas recrean el imaginario urbano que estableció la obra de Enrique Bernardo Núñez y Mariano Picón Salas. En el mismo orden de ideas, la expansión urbana coadyuvó a pensar a los límites urbanos como flexibles bien redefiniendo los antiguos como los verdaderos, bien aceptando los nuevos en su naturaleza movable y cambiante bien como ciudad que incorpora en su desarrollo a los pueblos aledaños, antiguas haciendas para urbanizarlas, crear ciudades satélites o ciudades dormitorio.

Si bien los diferentes cronistas se han leído entre ellos y muchos relatan las mismas historias urbanas, la propuesta unitaria es narrar a una Caracas que ya no existe. En todos los casos es siempre una Caracas de antes, a una ciudad a la que se le sobre puso otra, produciendo una ciudad a imagen de la ciudad europeas, norteamericana o una ciudad que se recuerda porque no existe. De la Caracas que se pierde queda sólo un resto o huella en el presente que permite reconstruirla, pues recrea un imaginario de una ciudad que siempre se está haciendo, siempre se está perdiendo o una que sustituye a la

anterior. Esto esboza una modernidad que se asienta sobre una pérdida y un olvido, donde encontrar a la ciudad de la niñez es sólo un acto del recuerdo. En consecuencia, es en la página en blanco donde vuelve a existir, referente mediatizado por una memoria personal, familiar y social, una generación o una idiosincrasia para demostrar el carácter mutante de la ciudad.

En tal sentido, las crónicas representan la cultura del caraqueño: vivir en una ciudad que siempre se está haciendo, siempre es otra, con calles, edificios y casas que desaparecen o son suplantados por otro(s), calles de las que sólo quedan los nombres de las esquinas o un farol o una acera o una vía de otra época o una vieja casa colonial en medio de una urbanización o en una arteria principal o en medio de grandes edificios; en fin una metrópolis desconocida para todos, siempre nueva tanto para los nacidos en ella como para los recién llegados que deciden convertirla en su lugar de residencia, donde todos se convierten en permanentes inmigrantes y exiliados de esa ciudad mutante.

Referencias

- Almendoz Marte, A. (2001). Postales de viajeros olvidados a la Caracas de entre siglo (1880-1940). En: Juan J. Martín Frechilla y Yolanda Texeira Arnal: *Así nos vieron*. Caracas: UCV - Consejo de Desarrollo Científico y Urbanístico. pp. 31-76.
- Barajas, M. J. (2000). Once crónicas caraqueñas y un periodista. En: *Estudios. Revista de investigaciones literarias y culturales*. No. 14-15. Caracas: USB. pp. 327-346.
- Cabrujas, J. I. (1992). *El país según Cabrujas*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Cabrujas, J. I. (1988). La ciudad escondida. En: *Dorka Dorronsoro y José Ignacio Cabrujas*. Caracas: Fundación Polar.
- Clemente Travieso, C. (2004). *Las esquinas de Caracas* (1956). Caracas: El Nacional.
- Cortina, A. (1977). *Caracas, la ciudad que se nos fue*. (Tomos I y II) Caracas: Binev.
- Díaz Seijas, P. (1988). *Caracas, la gentil*. Caracas: Los libros de El Nacional, 2005.
- Da Sola, R. (1988). *La reurbanización de El Silencio. Crónica*. Caracas: Fundación Villanueva.
- Dorronsoro, D. y Cabrujas, J. I. (1988). *Caracas*, Caracas, Fundación Polar.
- Key-Ayala, S. (1991). Los nombres de las esquinas de Caracas (1926). En: *Crónica de Caracas*, Caracas, enero – diciembre 1991, año 40, N. 85.
- Lerner, E. (2000). Adolescencia en San Bernardino. En: *Carriel para la fiesta* (1997). Caracas, Editorial Blanca Pantin. pp.103-110.
- Manzano, L. (1954). *La ronda del Anauco*. Caracas, Imprenta Nacional.

- Meneses, G. (1972.). *Libro de Caracas*. Caracas, Consejo Municipal.
- Nazoa, A. (1987). *Caracas, física y espiritual*. Caracas, Panapo.
- Núñez, E. B. (1964). *La ciudad de los techos rojos*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Pérez, F. J. (2002). La ciudad y sus palabras. Crónica lexicográfica de la ciudad de Caracas. En: *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, n. 3, sep.-dic. 2002. pp.179-190.
- Picón Salas, M. (1991). Caracas 1920. En: *Crónica de Caracas*. Enero - diciembre 1991, año 40, N. 85. Caracas: pp. 29-40.
- Picón Salas, M. (1953). Perfil de 1945. En: *Obras selectas*. Caracas, Edime. pp. 230-245.
- Picón Salas, M. (1984). Caracas 1957. En: *Suma de Venezuela*. Caracas: Contraloría General de la República.
- Rama, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Hanover, Ediciones del norte.
- Rojas, A. (1929). *Crónica de Caracas*. Caracas, Los Libros de El Nacional.
- Rotker, S. (1993). Crónica y cultura urbana, la última década. En: *Estudios*, Caracas, USB, N.1, 1993. pp. 121-130.
- Rotker, S. (2005). Crónica. Género de fin de Siglo. En: Bravo Pueblo. *Poder, utopía y violencia*. Caracas, La Nave Va. pp. 165-176.
- Schael, G. J. (1968). *La ciudad que no vuelve*. Caracas, s/e.
- Schael, G. J. (1966). *Caracas, de siglo a siglo*. Caracas, s/e.
- Socorro, M. (1994). *Catia. Tres voces*. Caracas: Fundarte.
- Socorro, M. (2009). Estar allí cuando pasan las cosas. En: *El Nacional. Papel literario*, pp.6-7. 3-enero-2009.
- Valery, R. (1978). *Nomenclatura caraqueña*, Caracas: Armitano.
- Vannini, M. (2005). *Arrivederci* Caracas. Caracas: El Nacional.
- Vegas, F. (2007). *La ciudad y el deseo*. Caracas, Fundación Bigott.
- Villanueva, A. (2003.). *Margot. Retrato de una caraqueña del siglo XX*. Caracas: Fundación Polar.
- Villanueva, C. R. (1950). *La Caracas de ayer y de hoy*. Caracas: París, s. e.
- White, H. (1992). El valor de la narrativa. En: *El contenido de la forma*. Barcelona, Paidós.
- Yanes, O. (1967). *Cosas de Caracas*. Caracas: Armitano.